

## Un discurso de d'Halmar

En el banquete que la Sociedad de Escritores ofreció al poeta Chocano y al cual asistieron varios de los miembros del cuerpo diplomático americano, con excepción del representante de la patria del festejado, algunos escritores y admiradores, el escritor chileno Augusto d'Halmar quiso precisar su posición respecto del poeta peruano y la razón de su asistencia, con el siguiente discurso:

Excelentísimo señor Embajador del Perú, ausente pero presente, como d'Annunzio dijo en su discurso refiriéndose a su rey; señores:

Entre los intelectuales que festejaron mi regreso y ojalá mi reingreso a la patria, tuve el agrado de que, pasado el Tiempo, maestro de arreglos, me saludase el peruano continental que viene a ser José Santos Chocano. Yo celebré, sobre todo, que conviviese nuestra frugal existencia y que junto con enriquecerla pudiera aprender de nosotros, este sátrapa de toda disipación, un poco de ascetismo, este genio de mal genio, un poco de la humilde paciencia, único patrimonio nacional.

Así ha sido. La etapa chilena de Chocano se incorpora en su historia y por varios modos a la nuestra. Y él que nos cantó al revés, que cuando la voz es Isaías también es manera de celebrar un país, sufre ahora la expiación de sufrirlo y de sufrirnos. Hay que decir que la altiva mansedumbre con que ha ido reconquistándonos y, creo yo, conquistándose a sí mismo dentro de una zona espiritual para él inexplorada e inexplorada.

desarma una a una todas las prevenciones, si pudiera haberlas (y debe haberlas) tratándose de quien es.

Ahora me es dado a mí, artista puro o puro artista, como se quiera, concebir la esperanza de que esa atrición que da a un alma la salvación, devuelva a la América joven y ansiosa de libertad, uno de sus más preclaros intérpretes. Otros le dirán lisonjas; yo que soy su bien ganado amigo, su compañero, el hombre agradecido a su caballeresca cordialidad, a su fraternidad, y aún a la hospitalidad que me ha brindado en mi propia tierra, yo no le debo sino la efusión de mi mano limpia de todo compromiso interesado, abierta y tendida hacia todas las buenas voluntades, apretando y reteniendo estrechamente la mano que se me ofrezca desenguantada de egoísmos.

Los jóvenes, la juventud de América, nos mira espiritualmente, en estos instantes, compañero Chocano. Debemos disculpar sus impaciencias y justificar su fe en nosotros. Que nunca más haya que establecer el distingo: Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Porque el César somos nosotros, pero lo que es de Dios también es nuestro y hemos de hacer de ello el mejor uso posible, siendo grande, siendo incalculable nuestra misión, ¡Qué importa el pasado! Queda detrás de nosotros como un punto muerto y ante nosotros se abre vivo y sin límites el porvenir. Yo se lo vaticino a este vate que algunos creen pretérito, porque siento o presiento las reservas de generosidad que nutren su corazón y que aunque no hubiese presidido su vida municipal, han inspirado a pesar de todo y por encima de toda su obra, su obra racial. No hay que considerarle desde Marte ni subespecie de eternidad, para comprender que su acción discutible se compensa ampliamente con su indiscutible abstracción, con las proyecciones acrisoladas de su espíritu, alto y magno espíritu.

Nada más, ni nada menos. No ha condicionado mis palabras a Chocano sino la vigilante preocupación de la responsabilidad que nos incumbe, a él, a mí, a cada uno y a todos cuantos

obreros del pensamiento y el sentimiento rodeamos esta mesa en el más americanista de los ágapes; estos manteles donde se aúnan ¡al fin! el lirismo del brindis elocuente a la realidad del buen vino; el sustancioso, el sabio condumio. Maestros, oficiales o aprendices, todos tenemos igual oficio y no es otro que servir la causa de lo bueno y lo verdadero, dos entidades que no sólo no pugnan entre sí, sino que clásicamente se funden y confunden en una sola aspiración hacia lo bello.

Y ahora, señores, después de tan larga prueba de cohibición y distanciamiento, yo que añoro el Reino de Pachacamac, tierra de Tahuantisuyo donde yace embalsamada mi juventud, con cuanto desahogo y entusiasmo profiero ¡Viva el Perú! ¡Viva la Hispano América reunida!

AUGUSTO D'HALMAR.

17 de noviembre de 1934.